NOELIA AMARILLO

MORDER TUS LABIOS SOBRE SÁBANAS DE SEDA



Ella es fuego, desafío y travesura.

Él es solidez, estoicismo y arrogancia.

Ella está en la ruina.

A él le sobra el dinero.

Ella huye a Madrid para escapar de un pasado doloroso e injusto en el que tuvo que ser dura, mala y egoísta para sobrevivir, y en el que el amor era una quimera, la debilidad un riesgo y la lealtad se pagaba cara. Y no es fácil rehacer tu vida, sobre todo si no tienes trabajo ni facilidades para encontrarlo.

Él es dueño de Torture Eden, la discoteca fetish más famosa de Madrid, tiene su vida organizada con meticulosa perfección, no admite debilidades, mucho menos en sí mismo, y todo su mundo lo componen su trabajo y su hija. Y, además, se aburre. Pero mucho.

Ella le pide trabajo.

Él la rechaza por un motivo de lo más frustrante.

Así que ella se venga.

Y desde ese momento entablan una batalla que solo juntos podrán ganar.

Si te quedaste con ganas de saber algo más de Marilia, de *Besos prohibidos*, y Nath, de *No lo llames sexo… ¿O sí?*, esta es tu historia.

Prólogo

Cuando conocemos a nuestra protagonista femenina y nos percatamos de que, a pesar de su juventud, ya tiene muchas cosas que contarnos.

Un pueblecito de Asturias, febrero de 1998

Amanecía cuando Marilia saltó el murete del cementerio y se ocultó tras los estilizados cipreses que velaban las viejas tumbas. Sus pisadas, visibles sobre el blanco manto que cubría el suelo, no tardaron en quedar tapadas por la nevada. Aguardó lo que le parecieron horas, aunque en realidad fueron minutos, a que el coche fúnebre dejara atrás la sinuosa carretera del valle y llegara al camposanto, donde el guarda y los enterradores sacaron el ataúd para trasladarlo a su lugar de descanso. Tras ellos, un séquito de seis personas acompañaba al difunto. Cinco pertenecían a su reducida familia. La desolada viuda, la abatida hija de once años y la abuela y los tíos de esta mostrando una conveniente circunspección. La sexta persona era el cura del pueblo, quien no estaba allí por simpatía hacia el difunto, sino por compasión hacia la desconsolada viuda.

Nadie más acompañaba en su último adiós a aquel hombre muerto en la flor de la vida y, según los más que confirmados rumores, por motivo de una tremenda borrachera.

Marilia se aferró furiosa al tronco tras el que se ocultaba al ver que el cortejo fúnebre, si es que a seis personas se les podía llamar así, no se dirigía al ostentoso panteón de la familia Mendoza, a la que por matrimonio pertenecía el finado, sino que se desviaba hacia la pared de nichos del cementerio.

Por lo visto, su padre no iba a ser recibido en la cripta de su familia política, de la misma manera que su madre no lo había recibido en casa cuando los Mendoza lo largaron con viento fresco.

Tan fresco que había muerto de hipotermia al pillarse una cogorza de campeonato y echarse una siestecita junto a un árbol. En mitad del monte y en pleno invierno.

Se había enterado de la muerte de su progenitor dos días antes, en el colegio, cuando uno de sus compañeros se había burlado de ella diciéndole que su padre había muerto borracho, congelado y meado porque la familia de su esposa lo había echado de casa y la puta de su amante no lo había dejado entrar en la suya.

Y todo era cierto.

Su madre no le había abierto la puerta —de nada le servía un amante pobre— y ahora su padre estaba muerto, lo que significaba que ya nunca pasearía con él como con la niña rubia que acompañaba a la comitiva. No le enseñaría a montar en bicicleta ni irían a pescar juntos. Y no es que ella y su difunto padre hubieran hecho algo de eso en los once años de vida de Marilia. Pero la esperanza es lo último que se pierde.

Y ahora estaba allí, despidiéndolo a pesar de que su madre le había prohibido ir al cementerio. No quería que mostrara su debilidad ante la otra familia. La legal.

Pero ella no era débil. Nunca lo había sido y nunca lo sería.

Era dura y feroz. O lo sería cuando las lágrimas heladas dejaran de resbalar por sus mejillas. Y también sería mala. Y

egoísta. Y taimada. Y nadie volvería a hacerle daño. Antes atacaría ella.

La comitiva se detuvo frente a la pared de nichos y el cura pronunció un panegírico plagado de medias verdades y elogios vacíos.

Y llegó el momento de meter al difunto en el nicho.

La viuda estalló en un llanto inconsolable.

Su madre y sus tíos se apresuraron a abrazarla para confortarla.

Y la niña que los acompañaba se giró, como si hubiera sentido la presencia de Marilia tras el ciprés.

Los ojos de ambas chiquillas se encontraron.

La niña miró a su familia y, al ver que su llorosa madre capturaba toda la atención de los adultos, echó a andar hacia los árboles.

—Hola —dijo parándose donde se ocultaba Marilia—. Los chicos del pueblo dicen que eres mi hermana…

—Hermanastra —la corrigió ella irguiendo la espalda.

Se miraron desafiantes, pero no llegaron a decir nada, pues un anciano, su tío, se percató de la ausencia de la niña y la llamó, instándola a regresar.

Marilia esperó hasta que se marcharon y el cementerio volvió a quedar desierto para salir de su escondite y acercarse al nicho en el que acababan de meter a su padre.

Se mantuvo silente unos segundos, pensando en todo lo que le gustaría decirle. Al final lo resumió en:

—Que te jodan, papá. Espero que te pudras en el infierno.

Miró desafiante la lápida provisional y escupió. Un escupitajo sentido que le salió de las entrañas y le arañó el alma. Luego abandonó el camposanto, pero no fue a su casa. Al contrario. Dejó atrás el pueblo y tomó la carretera que la llevaría al palacio de las Viudas, la enorme mansión en la que su padre había vivido con su esposa, que era la sobrina del dueño, hasta que este lo había echado por borracho y putero.

Saltó el muro de piedra que rodeaba la casona y atravesó el agreste jardín ocultándose entre árboles retorcidos y matorrales salvajes. Recorrió a gatas el último trecho hasta la casa para no ser vista y se asomó a la ventana para ver lo que nunca debería.

La familia estaba en un enorme salón lleno de muebles caros, los viejos trataban de confortar a la afligida viuda mientras la huérfana se mantenía aparte. De repente esta miró a la ventana, luego a su madre y a sus familiares y se dirigió sigilosa a la puerta.

Poco después, la niña rubia de intensos ojos azules con un sobrio vestido y un elegante abrigo, ambos negros, se paraba frente a la niña pelirroja de salvajes ojos verdes vestida con unos vaqueros raídos y un anorak que le quedaba pequeño.

Se observaron un instante antes de que la rubia le tendiera la mano en un saludo titubeante.

—Hola, soy Társila —dijo con la mano en el aire, esperando a que se la estrechara.

—Vaya nombre más cursi —resopló Marilia huraña—. No pienso llamarte así. Te llamaré Índigo, por tus ojos. —Había leído esa palabra en un cuento y le había encantado. Le estrechó la mano—. Yo soy Marilia. Y si tu madre se entera de que estás hablando conmigo va a matarte, igual que si se entera la mía —dijo con una sonrisa torcida.

—O lo mismo se mueren del disgusto —apuntó Índigo con una sonrisa idéntica a la de su hermanastra.

—Y solo por eso deberíamos ser amigas. Tal vez así consigamos librarnos de ellas —afirmó. Puso los ojos en blanco y sacó la lengua por una comisura de la boca como si estuviera muerta. O, al menos, con el gesto que ella pensaba que tenían los muertos.

Y Társila, en lugar de mirarla asustada, curvó aún más los labios.

—No estaría mal… —afirmó ladina.

—Nada mal —chasqueó Marilia la lengua.

Ambas se echaron a reír.

Y fue en ese preciso momento cuando se forjó una amistad teñida de rivalidad y resentimiento que, contra viento y marea, o, mejor dicho, contra madres y tías, perduró en el tiempo hasta la actualidad. La mantuvieron oculta los primeros años para evitar ser castigadas, pero cuando fueron lo suficientemente mayores para rebelarse la dejaron salir a la luz. Aunque no por eso las familias aceptaron su conexión. Más bien al contrario.

Ni la madre de Marilia aceptó jamás la presencia de Índigo ni las tías de Índigo reconocieron nunca la existencia de Marilia ni le permitieron entrar en su mansión.

Aunque eso a ellas no les importaba mientras las dejaran tranquilas.

O, al menos, eso se obligaba a creer Marilia.

1

Cuando, cinco años después del fraternal encuentro, nos enteramos de que nuestra protagonista sufre ciertos apuros económicos…

> … Ayer nos cortaron la luz, por lo visto llevamos sin pagarla varios meses. Así que esta mañana mi madre ha convencido a uno de sus «amigos» para que nos puenteara el contador a cambio de un polvo. Odio que haga eso. Al menos, el tipo era de otro pueblo. Lo bueno es que ya tenemos luz otra vez. Y gratis.
>
> Ojalá mamá no hubiera comprado esta casa. Es demasiado grande, está llena de corrientes de aire, tiene goteras y huele mal. ¿Para qué queremos una enorme casa de dos plantas que se construyó el siglo pasado? Es ridículo. Solo somos dos.
>
> Creo que está tan obsesionada con el palacio de las Viudas que no soporta vivir en una casa pequeña, y por eso compró esta. Y ni de coña podemos pagarla. Ni siquiera nos llega para calentarla en invierno. ¡Si casi ni la hemos amueblado!

(Agosto de 2003, de un e-mail que Marilia le envió a Índigo durante las —aburridísimas— vacaciones de verano de esta última).

* * *

Y he aquí el momento en el que os presento al protagonista masculino de esta historia, quien, por cierto, también está un poco harto de su familia…

Madrid, agosto de 2003

Nath apoyó los codos en el ostentoso escritorio y se mesó el corto cabello negro de rizos disciplinados con cera, alborotando lo que tanto le había costado domar. Observó frustrado las tres pilas de documentos dispuestas en perfecta simetría sobre el lujoso vade. Unos documentos plagados de cifras inquietantes que había estudiado incansable durante el último mes sin hallar solución a los problemas que representaban.

Se retrepó en la butaca de piel y esta, con la deferencia propia de los muebles de lujo, se inclinó con docilidad para proporcionar la esperada comodidad a su dueño, quien subió los pies al carísimo escritorio, sonriendo para sí al imaginar la reacción de su madre si lo pillara en esa postura. Una reacción que jamás vería, pues nunca se le ocurriría hacer pública su pequeña rebeldía. Había recibido una educación demasiado exquisita y esmerada como para comportarse como un ordinario, su dignidad se lo impedía. Pero no le impedía soñar despierto con ser un vulgar gamberro. Era divertido y no le hacía daño a nadie.

Se imaginó haciendo lo que haría cualquier tipo de veinticuatro años sin más ambiciones que pasarlo bien con sus amigos y salir con una mujer bonita de vez en cuando. Un tipo que todavía vivía en casa de su familia, como él, pero que, al contrario que él, tendría un padre cabal que se ocuparía con tino de las cuestiones económicas y una madre cariñosa y ahorradora que se preocuparía por llegar a fin de mes. Unos padres que siempre tendrían una palabra amable y una sonrisa en los labios. Que se sentirían orgullosos de sus logros. Un padre que no le dejaría en herencia una plétora de deudas y una madre que no lo miraría acusadora cuando se opusiera a sus caprichos.

Pero no se podía tener todo en este mundo.

Bajó los pies al suelo recuperando su postura erguida y observó los documentos. Tenía que haber una solución. De hecho, la había, aunque no le gustaría a su madre. No cabía duda de que estaban a punto de tener una entretenida conversación. Volvió a hundirse los dedos en el pelo mientras cavilaba sobre la mejor manera de exponer la solución que se le había ocurrido. Que, de hecho, ya había puesto en marcha.

Lo más probable era que le retirara la palabra disgustada.

Entrecerró los ojos pensativo. ¿Eso sería bueno o malo?

Bueno, sin lugar a dudas, un merecido descanso para sus oídos.

Sonrió. Pero la sonrisa no tardó en borrarse de sus labios al percatarse de que el portacorrespondencia no era el de siempre. O era otro o la piel había rejuvenecido perdiendo las máculas que estropeaban sus distinguidas formas. Y, puesto que el cirujano plástico de su madre no se rebajaría a operar a un objeto, llegó a la conclusión de que era nuevo, lo que indicaba que su derrochadora progenitora lo había comprado esa mañana.

Y eso a pesar de que le había prohibido expresamente comprar nada.

Lo cogió conteniendo apenas la rabia. Era de piel, por supuesto, con base de caoba y detalles repujados. Y no debía de haber costado menos de doscientos euros, seguramente más.

Estupendo. Simplemente estupendo.

Tomó uno de los avisos de impagos del primer montón de documentos, aquel que contenía los que podía pagar, y lo trasladó al de los que debía aplazar. El acreedor tendría que esperar un poco más para cobrarlo. Y, si no le gustaba, que lo denunciara. No sería el primero que lo hiciera. Tampoco el último.

Fijó la mirada en el tercer montón. Amenazantes cartas de abogados que, si no hacía nada por evitarlo, se conver-

tirían en un cuarto montón, el de avisos de embargo.

¿Tan malo sería dejar que todo se hundiera y desaparecer del mapa? Con un poco de suerte, su madre lo repudiaría y no tendría que volver a verla nunca más.

Era una perspectiva halagüeña.

Se recreó unos instantes en esa posibilidad antes de sacudir la cabeza. Su estúpido sentido de la responsabilidad jamás le permitiría desentenderse de ella tan fácilmente. Además, no era la única persona que tenía a su cargo.

Y, como si pensar en él lo hubiera conjurado, la puerta del despacho se abrió dando paso a su hermano menor.

Jon acababa de cumplir dieciocho años y no podían ser más distintos. Era alto y esbelto, sin los kilos que le sobraban a Nath. Su pelo era liso y rubio en lugar de rizado y oscuro. Su piel clara en lugar de morena y las líneas de su rostro suaves, casi dulces, en contraposición con los marcados rasgos de él. Las cejas finas y arqueadas, nada que ver con las suyas, gruesas y pobladas. Lo único que ambos compartían eran los intensos ojos azules que habían heredado de su madre.

—Hermano, necesito hablar contigo —dijo el joven con tono solemne.

Nath frunció el ceño, Jon solo lo llamaba «hermano» cuando tenía problemas y necesitaba que se los resolviera, algo que solía ocurrir con frecuencia.

—Me he metido en un lío…

—No tengo dinero para pagar tus deudas, así que vas a tener que dejar que te rompan las piernas —le advirtió Nath sin asomo de burla en la voz. Aunque ambos sabían que estaba bromeando. O tal vez no.

—No es por eso —musitó el muchacho ofendido a la vez que se frotaba la nariz.

—Tampoco tengo dinero para pagarte un tabique nasal de platino…

Jon lo miró sin entender.

—Te sangra la nariz —señaló Nath.

—Últimamente la tengo un poco irritada. —Se la limpió con un pañuelo de seda.

—Tal vez si dejaras de esnifar cocaína dejaría de sangrarte.

—Siempre piensas lo peor de mí —lo acusó malhumorado.

—¿Por qué será? —resopló Nath.

—No es culpa mía si…

—No sigas por ahí, Jon. Si has entrado aquí es porque necesitas algo de mí, y en ese caso no te interesa cabrearme con tus excusas estúpidas.

El muchacho lo miró compungido, sus labios curvados en una mueca de pesar y sus ojos llenos de lágrimas no derramadas harían creer a cualquiera que estaba profundamente arrepentido. Pero Nath, que estaba vacunado contra su carisma, arqueó una ceja instándolo a que dejara de actuar.

—Vaaale. —Jon se dejó caer sobre la elegante butaca que había frente al escritorio y colgó la pierna en el reposabrazos con indolencia—. He preñado a una chica.

—Has hecho ¿qué? —Nath lo miró perplejo, sus intensos ojos azules tan abiertos que parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Son cosas que pasan. —Se encogió de hombros restándole importancia.

—No. No lo son. Para eso están los preservativos, para que no pasen.

—Se me olvidó ponérmelo.

—¿Cómo se te pudo olvidar?

—Nos entró el calentón y…

—Era una pregunta retórica —lo cortó Nath—. ¿Estás seguro de que es tuyo?

—Eso dice ella.

—¿Puedo suponer que estabas borracho?

—¿Esa es otra pregunta retórica, hermano?

Nath fijó en él una penetrante mirada y optó por responder él mismo a su pregunta.

—Sí, por supuesto. Seguramente tan borracho o drogado como acostumbras a estar.

Jon se encogió de hombros, confirmando la intuición del moreno.

—Así que, para que me quede claro, follaste sin condón con una chica que resulta que se ha quedado embarazada. Y, según dice ella, eres el padre. ¿Es más o menos así?

Jon asintió.

—Y, por curiosidad, ¿la conoces desde hace algún tiempo o solo fue un rollo de una desafortunada noche?

—La conozco desde hace un par de meses, pero solo follamos el día que nos conocimos. No lo hemos vuelto a hacer —confesó en un arranque de sinceridad—. Creo que no le caigo muy bien. —Frunció el ceño molesto.

—Entiendo ese sentimiento, a mí tampoco me caes muy bien ahora mismo —masculló Nath masajeándose las sienes—. ¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez no seas el padre? ¿Que quizá solo afirma que lo eres porque ha visto el Audi que te compró madre —apretó los labios furioso al mencionar el inoportuno regalo— y el dinero que gastas sin mesura, como si nos sobrara, y ha pensado que estás forrado?

—Sí lo he pensado. Pero tú no la conoces. A ella le trae sin cuidado el dinero o la posición social. Ella es auténtica. La mujer más auténtica que he conocido —afirmó Jon con inusitada seriedad—. Si Avril dice que el niño es mío, lo es.

—¿Y si dijera que la lluvia es la meada de los angelitos del cielo también la creerías? —le reclamó colérico al ver que se empeñaba en dar veracidad a una puñetera bomba de relojería que iba a complicarle la vida un poco más. Porque, para qué engañarse, todos los problemas de todos los miembros de la familia acababan sobre sus hombros.

Y, joder, su espalda se estaba quedando sin espacio para cargar con todo.

—Quiero que sea mío. Sería bueno para mí —afirmó Jon con insólita firmeza—. Sé que estás hasta el cuello de deudas…

—Estamos —lo corrigió Nath.

—Estamos —aceptó Jon—, y sé que yo no estoy ayudando mucho.

—Más bien nada.

—Pero no es culpa mía —se encogió de hombros—. Mamá siempre me ha consentido y papá nunca me tomó en serio. Y, para qué engañarnos, eso me viene de perlas. Prefiero hacer lo que me da la gana a vivir agobiado y ser un amargado como tú —reconoció con una engreída sonrisa—. Pero la cuestión es que soy un irresponsable encantador. Si papá me hubiera confiado algunas responsabilidades como hizo contigo y hubiera creído en mí la mitad de lo que creía en ti, yo sería diferente. Sería responsable, serio, previsor y un soso de cojones, igual que tú. Pero papá siempre pasó de mí y se volcó en ti. Así que… no puedes echarme la culpa de que sea como soy.

—¿Ahora tengo yo la culpa de tu… compleja personalidad? —bufó Nath molesto, porque tenía razón. Si su padre hubiera tenido la decencia de prestar a Jon un mínimo de atención, este sería muy distinto. O tal vez no. Su hermano era igual que su caprichosa madre, mientras que él había salido a… A Dios sabría quién, porque por fortuna tampoco había heredado el carácter de su imprudente y estricto padre, aunque sí su grotesco físico y sus rasgos mediterráneos.

—Solo digo la verdad —replicó Jon—. Las cosas son como son y sé que mamá y yo siempre podremos contar con que vas a cuidar de nosotros.

—No sabes cuánto me tranquiliza que pienses eso —rezongó Nath reclinándose en la silla. Por un instante estuvo a punto de poner los pies en la mesa. Si su hermano podía sentarse desmadejado, por qué no iba a hacerlo él.

Porque si se comportaba con la misma desidia que Jon, este dejaría de tomarlo en serio y perdería la poca influencia que tenía sobre él. La actitud lo era todo. Eso era lo único bueno que le había enseñado su padre. Y ahora mismo lo único con lo que podía combatir la inminente ruina era la actitud.

—Sé que necesitas que me centre, que sea un poco más responsable —afirmó Jon.

—Es un alivio que te hayas dado cuenta.

—Y creo —continuó ignorando su pulla— que, si tengo un hijo, seré más responsable.

—Esa es la mayor estupidez que has dicho nunca. Y has dicho incontables estupideces desde que aprendiste a hablar —apuntó Nath con un gruñido.

—¡Qué va! Piénsalo un poco. Si tuviera un bebé tendría que ser responsable. Tendría alguien que confiaría en mí, que me necesitaría. Alguien que me contaría sus problemas y a quien yo se los resolvería. Le enseñaría todo lo que sé.

—Que es bien poco —lo interrumpió con un bufido.

—Joder, Nath, sería bueno para mí. Puedo hacerme cargo de un bebé.

—Por supuesto, cuidar de un bebé está chupado. Solo comen, duermen y cagan. Hasta tú serías capaz de atenderlo. Tendrías que estar disponible para él en todo momento y pasar las noches en vela, aunque tampoco es que te vaya a costar mucho; al fin y al cabo, jamás duermes de noche. Lo malo es que tendrás que trasnochar en casa en lugar de en los garitos de moda, y eso suele ser un poco más aburrido que estar de juerga con los amigos. Pero podrás con ello. De hecho, te lo vas a pasar en grande, sobre todo cuando enferme y tengas que limpiar sus vómitos. Va a ser divertidísimo.

Jon miró a su hermano mayor como si estuviera viendo el final de su vida tras un túnel oscuro y la única salida estuviera cegada con alambre de espino.